

muros y las primitivas fortificaciones que los coronaban, desaparecieran.

Una lujosa puerta que se abría en el antiguo muro, daba paso al nuevo barrio de la ciudad. No lejos de esa puerta se levantaba el palacio suntuoso del tetrarca, palacio que por su elegancia, riqueza y hermosura tenía fama de ser uno de los mejores del orbe. Los mismos romanos, admirados, comparábanlo al *Bruchion* de Alejandría, que era una maravilla de suntuosidad en aquellas edades.

Y allí, por fin, si bien con mucha fatiga, llegó el Salvador de los hombres para ser escarnecido y burlado.

## CAPITULO VIII.

En el palacio de Herodes.

La escena cambia, y nuevos personajes aparecen en ella, personajes no menos malvados que los que hasta el presente nos han ocupado.

No es ya el pretorio romano, ni sus soldados; no son ya los escribas, los fariseos y los saduceos los que van á ocuparnos, sino que son los herodianos, sino que es la corte de un rey necio y lascivo; de un rey que une á la crueldad proverbial de su raza, la frivolidad de una mujer.

Este rey se llamaba Herodes, y como en la gran mayoría de las cortes reales, no eran por cierto las ideas religiosas lo que mas privaba entre los áulicos del tetrarca de Galilea. ¡Cosa particular! Cuanto mas necesitan los grandes de

las inspiraciones de la religion, tanto mas prescinden de ella, tanto menos se ocupan de Dios, y esto que por consecuencia natural produce la arbitrariedad y la injusticia, produce tambien una escitacion entre el pueblo, escitacion que no tarda en traducirse en hechos violentos contra el trono. En este caso la voz del pueblo es la voz de Dios que amonesta á los reyes, y las injusticias del solio son el castigo del pueblo, por haberse apartado de los senderos de la vida y del bienestar.

Mas, de dejando aparte innecesarias divagaciones, diremos que con razon el fariseo y los sacerdotes temian la proverbial frivolidad de Herodes, y sobre todo el influjo, nulo del todo, que los príncipes de la sinagoga tenian en la corte del tetrarca.

Esta era viciosa y frívola, como todas las cortes, donde por punto general florece la maldita planta de la adulacion, y da sus frutos el árbol de la envidia, bajo cuya sombra se cobijan los pequeños de entendimiento, y los pigmeos de corazon.

Á parte del odio que los israelitas profesaban á los herodianos, y del que estos tenian á los israelitas, los príncipes de la sinagoga temian un mal éxito en aquella maldita empresa, porque no sin razon pensaban que Herodes y los suyos se pondrian del lado de Jesús, cuando no fuera para otra cosa que para contrariar á los enemigos del Cristo, que eran á su vez enemigos de la corte del tetrarca.

Un odio sordo y latente les animaba á los dos bandos, entrambos traidores á la patria, y entrambos proclamándose amigos decididos de la raza de Jacob.

Onkelos, que á causa de su talento mas perspicaz, veía de mas lejos que sus malvados compañeros, dijo al viejo Anás y al compañero de este:

— Herodes me espanta. Á él poco le importa que Jesús viva ó muera, y por consiguiente es fácil que para humillarnos le dé libertad, toda vez que sabe cuanto nosotros le odiamos.

— Sin embargo... — balbuceó Caifás, como intentando tranquilizar al fariseo.

— No hay razon que pueda tranquilizarme, — replicóle Onkelos. — Si Herodes se olvida de humillarnos, es hasta seguro que por la vanidad de presenciar algun prodigio, se lo pida al Nazareno, y es mas fácil aun que este haga el prodigio, con el objeto de salvarse. Si este prodigio se hace, no lo dudeis, la frivolidad de Herodes y de sus cortesanos quedará satisfecha, y entonces pondrá al Nazareno en libertad.

— Pero Herodes... — insistió Caifás, que tenia necesidad de creer lo contrario de lo que Onkelos decia.

— Nada, nada... al tiempo doy por testigo. Yo os aseguro que no puedo estar tranquilo, y no lo estoy. Me diréis pesimista tal vez, mas ¡ojalá que mis previsiones no se hubieran visto realizadas tantas veces en este asunto!

— Sin embargo, podemos intimidar al tetrarca: — insistió Caifás, no queriendo darse por vencido.

— Será inútil. Á un hombre de talento y de carácter es fácil intimidarle; pero á un ser como Herodes fútil y ligero, no se le intimida nunca, porque nunca toma en serio las amenazas mas terribles, ni le imponen miedo las excitaciones del pueblo. Todo lo ve bajo el prisma de su futilidad, y por ende nada le aterra, nada le conmueve, nada llega á imponerle. Si la desgracia viene, si sobre él se precipita la tempestad, cae oprimido, es cierto, y aun en este estado, no sabe explicarse su desgracia, y piensa que es una pesadilla fatigosa, pesadilla que todo lo mas puede

durar hasta que la luz del alba irradie en el horizonte. Este es el carácter de Herodes, y por esto me intimida tanto.

— No debeis temer: Dios se halla con nosotros: — insistió Caifás, haciendo esfuerzos para disipar su propio miedo.

— ¡Dios!... ¡Dios!... — balbuceó Onkelos, sonriendo como los excépticos: — si algo me dá á entender que el Nazareno no es verdaderamente Hijo de Dios, es ver el abandono en que le ha dejado Aquel, á quien el sedicioso llama su Padre celestial.

La intempestiva salida de Onkelos impresionó bastante á sus compañeros, uno de los cuales con voz ahogada por el miedo, atrevióse á preguntarle:

— ¿Es decir que vos creeis?...

— Yo no creo nada; — respondióle el fariseo con aspereza; — yo no creo sino que Herodes es para nosotros una mala espina.

En tanto que esto pasaba entre los príncipes de la Sinagoga, habian algunos herodianos notificado á su rey y señor la novedad, comunicándole que Cristo, preso entre algunos soldados de Roma, acompañado de los sacerdotes, fariseos y sadduceos, y seguido de una numerosa é imponente turba del pueblo, hallábase delante de su palacio.

— ¿Jesús Nazareno se halla aquí? — preguntó el rey levantándose y dando muestras de un extraordinario regocijo.

Y luego continuó:

— ¿Y quién me lo envia es Pilatos?... Sin duda que el pretor, conociendo los ardientes deseos que tenia yo de ver á Jesús, y suponiendo que esta era buena ocasion para reanudar antiguas y rotas amistades, hála aprovechado, dolido íntimamente de estar reñido conmigo, y por Dios que

le agradezco á Pilatos su buena voluntad, y por mi fe que me reconcilio con él de ahora para siempre.

Despues, haciendo una pausa, miró á sus cortesanos con suma complacencia y les dijo:

—¿No os parece muy conveniente que, á un personaje de tanta fama le reciba, aunque venga preso, en el salon de los emperadores? Mucho es el ruido que ha hecho ese Nazareno, pero yo quiero asombrarle con el lujo de mi grandeza. ¿No os parece esta una grande idea, una idea digna de la púrpura real?

—Sin duda que es una idea digna de vos. La popularidad de Jesús es grande, y es muy acertado hacerle comprender, aunque venga preso, que hay grandezas mas asombrosas que la de la popularidad y de la fama que disfruta:—díjole uno de los consejeros y cortesanos, para quien todo se encerraba en vivir como un sibarita, sin cuidarse de otra cosa que de los goces y de las fastidiosas comodidades de esta vida miserable.

—Que se disponga, pues, el salon de los emperadores, y que se introduzca en él al Nazareno, para que yo le hable y le examine con detencion, al propio tiempo que le confunda con mi grandeza.

Uno de los cortesanos salió, sin duda para disponerlo todo, mientras que Herodes, para quien el trono era la vanidad, siguió hablando con una verbosidad que daba de él una idea muy pobre:

—¡Qué lástima, qué desgracia que Herodías, mi amada Herodías, no se halle en Jerusalem!... Ella tenía tantos deseos como yo de conocer á *ese hombre*, y hubiera celebrado tanto como yo, la presente ocasion de verle obrar alguno de esos prodigios que, segun dicen, obra, y que tan excitada tienen nuestra curiosidad!... ¡Qué desgracia que

Herodías no se halle aquí, como se hallaba en mi compañía el dia en que, como prenda de mi admiracion hacia las graciosas piruetas de su hija, me pidió por boca de esta la cabeza de Juan!... ¡Qué lástima!... ¡Ella, con su hermosura y galas, habria dado á la recepcion mas solemnidad, y mas brillo á mi corte!... ¡Qué lástima que Herodías no se halle aquí!... Yo no me consolaré nunca del presente contratiempo, y mucho temo que á ella le cause alguna desazon su ausencia.

Y mientras Herodes el incestuoso, iba lamentándose de la ausencia de Herodías la adúltera, asomado recatadamente con la curiosidad de una mujer, á una de las ventanas que daban al suntuoso atrio de la casa, presenciaba el acto harto doloroso para Jesucristo, de subir la lujosa y ancha gradería de mármol, que servia de escalera.

Y Herodes sonreia, con esa sonrisa del niño que contempla halagado, una cosa que esperaba conseguir de sus padres, y que estos por fin han resuelto conceder á su hijo.

Y mientras tanto repetia, sin dejar por eso de sonreir.

—¡Qué lástima que mi querida Herodías no se halle en Jerusalem!

Nosotros aprovecharemos estos momentos de suspension del drama terrible que vamos desarrollando, para describir, aunque sea muy sucintamente, la suntuosa habitacion en que moraba, cuando iba á Jerusalem, el tetrarca de la Galilea.

Josefo, el historiador hebreo, nos la describe tan bien, que nosotros no nos tomaremos otro trabajo que el de reseñar lo que dice.

Segun el indicado historiador hebreo, nada igualaba á la esplendorosa magnificencia de este palacio, que solo podia compararse con el Bruchion de Alejandría.

Era un edificio formado y construido segun los modelos mas perfectos, y las obras de arquitectura griega mas acabadas. Para la construccion de este soberbio edificio, habíanse puesto á contribucion todo lo mejor, que en mármoles y maderas preciosas contenian la Judea y los países vecinos.

Hallábase el contorno de él formado por un muro de treinta codos de altura, flanqueado y guarnecido de torres elegantes y caprichosas, que le daban un hermosísimo y muy elegante aspecto. Formaban en torno del palacio elegantes y espaciosos peristilos gran número de columnas magníficas de mármol, y pórticos majestuosos y verdaderamente régios conducian al interior de aquel edificio, digno del mismo Salomon.

En el interior del pórtico aquí y allí, se abrian en las paredes gran número de nichos, verdaderas obras de arte, y estos nichos contenian otras tantas estatuas primorosamente cinceladas por los escultores mas célebres. Verdad es que estas estatuas eran un escarnio á la religion de los hebreos, que no las permitia, pero esto ¿qué le importaba á Herodes? ¿Acaso profesaba la religion hebrea por otra cosa que por conveniencia? ¿Acaso los mismos príncipes de la sinagoga no la desatendian y pisoteaban, en cosas de tanta importancia como aquella, por lo menos?

El jardin del palacio era verdaderamente una de las cosas mas suntuosas de aquella régia morada. Deliciosos bosquecillos de bálsamo y de plantas tan aromáticas como de agradable sombra; abundantes juegos de agua tan caprichosos como la misma Herodías, y otras mil obras por este estilo, hacian olvidar el tumulto de la populosa Jerusalem, recordando al espectador las mas espléndidas bellezas de la feraz naturaleza.

Pero sobre todo el lujo, desplegábase con toda su pompa oriental en las habitaciones interiores del palacio, donde nada faltaba de cuanto puede halagar los sentidos de un indolente sibarita. En particular la *sala de los emperadores*, era lo que sobresalia en aquella maravillosa mansion.

El ojo en aquel salon quedaba deslumbrado por el oro, los mármoles de distintos colores, casados admirablemente, y los admirables mosaicos que formaban como un pavimento de piedras preciosas. Una suntuosa galería de elegantes columnas sostenia el techo y la cornisa, no menos primoroso el uno, no menos artística y suntuosa la otra que el resto de la habitacion, al fondo de la cual se levantaba un tronó de marfil incrustado de oro y piedras preciosas, entre las que sobresalian grandes perlas, parecidas á lágrimas heladas.

Verdaderamente el palacio del tetrarca era digno de Salomon; verdaderamente el salon de emperadores hubiera sido una sala magnífica, para que en él se levantara el trono del rey mas grande de Israel, del hombre mas sábio de los hombres.

Y en aquella sala fue donde condujeron á Jesucristo, que á no ser como era Rey de la gloria inmortal, á pesar de su estremada y lamentable situacion se admirara de tanta grandeza, de tanta suntuosidad, de habitacion tan magnífica y portentosa.

Herodes que estaba bien léjos de suponer que Jesucristo fuera el Hijo del Dios vivo, pensó asombrarle con tanta munificencia, y puesto que sabia que el Redentor era tan grande, pensaba oponer á la grandeza divina del Cristo, la grandeza humana de los necios; pensó en una palabra aplastar y confundir al Salvador, deslumbrándole con aquella suntuosidad verdaderamente régia.

¡El desgraciado tetrarca se equivocaba! Jesucristo con la frente inclinada, con los ojos puestos humildemente en el suelo, con la actitud mas modesta que era dable tomar, penetró en el salon de emperadores, sin dar ninguna muestra de asombro, sin consagrar una mirada tan solo á tantas maravillas como amontonadas habia allí.

Herodes que le esperaba sentado con ridícula majestad en el trono, tenia como todos sus cortesanos, la mirada fija en el Cristo, esperando ver en él un movimiento, aunque fuera pequeño, de admiracion, porque para el tetrarca aquel movimiento del Salvador debia ser la confesion mas esplicita de la grandeza de Herodes y de la pequeñez de Cristo.

Pero ya sabemos en cuán poco estimaba Jesús las grandezas de los hombres, y cuán poca importancia daba á los palacios de los magnates, y cuán poca importancia daba á los palacios de los magnates, que al fin son casas como las cabañas, donde los hombres pasan la vida, y en las cuales no se nace sino para el dolor, ni se es mas bueno, ni tampoco puede alargarse la vida un minuto, ni un segundo mas. En ellos se alberga la muerte repugnante y descarnada, como se alberga repugnante y descarnada en el tugurio mas miserable; en ellos se llora y se sufre como en la ruिनosa cabaña del pastor, oculta en las entrañas del sombrío bosque. ¿Son mas felices en la sepultura las cenizas del magnate, que las del pastor? ¿Os contarán la historia de sus penas ó de sus felicidades? ¿Un año despues de muertos os dirán siquiera cual de las dos ha morado debajo de dorados artesones, ó só el pajizo techo de la cabaña? ¡Vanidad de vanidades! ¡Locura é insensatez de los hombres, que se dejan alucinar y se subyugan al imperio de la carne que se corrompe y pudre!...

Y como Jesucristo profesaba estos principios, que son

sublimes porque son verdaderos, por eso no dió mas importancia al suntuoso salon de los emperadores, de la que hubiera dado á la desvencijada habitacion del mas pobre y desvalido de todos los israelitas.

Esto, como no dejarán de suponer nuestros apreciables lectores, contrarió en gran manera á Herodes, que pensando humillar al Cristo con aquella suntuosidad, veíase humillado por Cristo en aquella misma magnificencia. Y como era rencoroso á semejanza de la mujer hermosa y fátua, que no halla sino desden donde solo pensó encontrar admiracion, empezó á mirar á Jesús con cierta displicencia y con cierto encono, cosas que hasta entonces no le movieran.

—Tanto peor para él,—pensó el fátuo tetrarca,—tal vez me hallaba dispuesto en su favor... pero su orgullo me escita la ira... ¡Yo no puedo tolerar á los orgullosos!...

Herodes pensaba ni mas ni menos que la mujer que mas arriba hemos citado: todos los que no le adulaban se convertian, cuando menos, en objetos de su desprecio, si no de sus iras y rencores.

Pero como á necio que era, siempre se hallaba dispuesto á inclinar la cuestion hácia la parte que halagaba su vanidad, no pudiendo convencerse de que Jesús tratara de despreciar cosas que á los grandes de la tierra llenaban de asombro.

Y así se dijo:

—Tal vez aturdido por mi majestad, y por el cuadro que presenta mi corte en este salon, no osa siquiera levantar los ojos del suelo... Es fácil que esto sea... En fin, le procuraré inspirar confianza, y despues le preguntaré todo lo que me acomode.

Y creyendo haber hallado una solucion aceptable á su

vanidad, sonrió ligeramente; luego tomando una postura, que quiso fuera en extremo majestuosa, y que no fue mas que en exceso ridícula, se dispuso á preguntar.

## CAPITULO IX.

### El Silencio de Jesucristo.

La curiosidad, solo la frívola curiosidad, aparte de la vanidad, era lo que movía á Herodes, pero Jesucristo que vino al mundo para sembrar las virtudes, no podía ni debía halagar ni satisfacer aquellos dos vicios predominantes en el tetrarca.

De consiguiente la dignidad del Salvador estaba en no prestarse de ninguna manera á ser instrumento obligado de los vicios de Herodes, y esta dignidad bien ostensiblemente marcaba al Cristo lo que debía hacer en aquel caso.

El silencio mas absoluto entonces, no era orgullo sino dignidad, y por tanto á las preguntas y escitaciones del rey, solo habia una contestacion digna; esta contestacion no era el desprecio aunque fuera el silencio.

Jesucristo habia contestado claramente á todas las preguntas de Pilatos, pero ni con claridad ni por medio de enigmas debía responder á Herodes, porque aquel, aunque pagano, le preguntaba movido del deseo de conocer la verdad y de hacer justicia, y este le interrogaba solo con el fin de convertir al Salvador en un objeto de diversion.

Herodes, denominado Antipas, queria juzgar á Jesús

segun lo que resultara en pro ó en contra del Redentor, de lo bien ó mal que le hubiese divertido con sus palabras y con sus hechos portentosos; Pilatos, pretor de Roma, queria juzgar á Jesús segun lo que resultara en favor ó en contra del Hijo del Altísimo, de las investigaciones acerca la verdad de la acusacion. ¿Puede ser mas clara, mas evidente, mas palpable la causa del silencio de Jesucristo en casa de Herodes, y de sus contestaciones terminantes y luminosas á Pilatos?

Jesucristo se ofrecia á una muerte tan cruel como injusta por la salvacion de los hombres; daba en obsequio de los humanos toda su vida mortal, pero si renunciaba á la vida, si sacrificaba al Altísimo su inestimable existencia para salvar á los hombres, no podia sacrificar su dignidad en aras de la vanidad, y de la insania de un mentecato adornado con la púrpura real; no podia convertirse el Redentor del mundo en juglar del rey Herodes y de toda su corte, ávida como todas las cortes, de presenciar prodigios para distraer el fastidio.

Pero dejemos á un lado ya estas consideraciones, de las que nos hemos hecho cargo para defender el silencio absoluto que guardó Jesucristo delante del tetrarca de la Galilea, y entremos en accion, pues el diálogo en el salon de emperadores ha tenido comienzo ya.

Cornelio el centurion, sin moverse del lado de Jesucristo, no bien se halló en presencia de Herodes Antipas, hablóle con un respeto relativo, y decimos relativo, porque mal se avenian las cosas del tetrarca para inspirar á un hombre como el centurion un respeto profundo. Si Herodes era lo que nosotros llamamos un petimetre en el lenguaje familiar, ¿cómo habia de respetarle un hombre íntegro y noble cual era Cornelio?